

III

El año actual ocupará lugar prominente en la historia del continente americano, como el primero en que las capitales de los Estados Unidos y la República Mexicana se ligaron por medio del largo y admirable ferrocarril que acaba de inaugurarse. La Iglesia Católica ha tenido gran parte en este suceso y se ha aprovechado de él más presto de lo que se podía haber esperado, como muy bien lo sabéis, Profesores y Alumnos de la Universidad de *Notre Dame*. Alguno de vuestro cuadro, seguido de considerable número de jóvenes de diversas partes de la República hermana, atravesó la extensísima zona que media entre la antigua Capital azteca y el lugar en que un tiempo se alzaban en Indiana las cabañas de los salvajes, en el primer tren venido de la ciudad de los Montezumas á este país.

Aunque yo no recorrí todo ese trayecto, vine, sí, hasta Zacatecas por tal vía, con mi distinguido amigo, vuestro profesor de física, y de huésped del bondadoso director del Ferrocarril Central Mexicano. Admiraba yo los puentes recientemente construidos, y veía las altas montañas tan hábilmente atravesadas por vuestros ingenieros. En tanto que me felicitaba de la rapidez de un viaje en que anteriormente perdíamos varios días y aun semanas, y que ahora se efectúa en menos de veinticuatro

horas, no podía yo apartar mi pensamiento del primer individuo que abrió un camino carretero entre aquellos bosques y montañas, ni del primero que concibió la idea de construir ferrocarriles en México con una parte de la propiedad, entonces considerable, de que era él administrador. Ambos pertenecen á la Iglesia Católica: el uno aún vive y ocupa el primer puesto en la Iglesia de México; el otro está en el cielo, y su cuerpo, incorrupto después de más de dos siglos, se venera en una de nuestras mejores Basílicas, en la ciudad de Puebla.

No muchos años después de la conquista, vino un campesino español al Nuevo Mundo, en busca de oro, como la mayor parte de los colonos; *pero no para sí*. Fué uno de los primeros que construyeron carros y que personalmente los hicieron recorrer una gran parte del país, abriendo caminos donde quiera que bosques, montañas ó ríos oponían obstáculos al tráfico, considerable para aquella época. La gran fortuna que reunió con su industria y trabajo fué toda invertida en obras de caridad, y, al cabo, él mismo se hizo miembro de la orden franciscana. Entre los caminos que abrió se cuenta el de México á Zacatecas. No ejecutó las maravillas de ingeniería que admiramos en el ferrocarril recién construido; pero obró verdaderos milagros, y la naturaleza le obedecía como á nuestros primeros padres en el paraíso. Pudo trasladar montañas á su arbitrio, como San Gregorio, y las fieras se le convertían en humildes siervas, como leemos en las vidas de los padres del desierto. Muy justo es que cuando celebramos la terminación del primer ferrocarril que liga las capitales de una y otra República, conmemoremos al piadoso varón que puso las

bases de la gran vía, y cuya memoria vivirá en el corazón de todo cristiano mucho después que los nombres de los grandes potentados ferrocarrileros hayan sido olvidados. La urna que guarda sus reliquias será honrada por las generaciones futuras. Nosotros veneramos en nuestros altares al inscrito por la Santa Sede en el catálogo de los santos, bajo el nombre del Beato Sebastián de Aparicio.

Estos hechos son públicos, y podéis leerlos en las "Vidas de los Santos" ó en el Breviario romano. Pero lo que voy á referir y que deseo dar á conocer en los Estados Unidos, ha sido hasta aquí un secreto, y apenas me aventuraría á publicarlo, si no me hubiera sido revelado por las personas más dignas de crédito. En los días mismos en que se hacía oír el primer grito de guerra contra el clero y la Iglesia de México, cuando se acusaba á tal clero de que se oponía á los adelantos modernos y de que malgastaba los fondos eclesiásticos en tenebrosas conspiraciones; en esos mismos días, repito, el actual Arzobispo de México, entonces Obispo de Puebla, había concebido un proyecto, para cuya realización procuraba obtener la suprema licencia necesaria, y que consistía en invertir gran parte de la propiedad de la Iglesia en una red de ferrocarriles que deberían comunicar entre sí y con las vecinas Repúblicas de los Estados Unidos y Guatemala, las ciudades más importantes de México. Impidióle llevar adelante tan grandioso proyecto la revolución que lo lanzó al destierro, despojó de su propiedad á la Iglesia, destruyó templos y monasterios é infligió á la civilización una herida incurable. Honor á quien honor merece. En vuestro país y el mío resuenan al par las alabanzas á la actual Administración mexicana que rea-

lizó lo que tanto promete contribuir al bienestar de ambas Repúblicas. Lo que el poder civil ha hecho con fondos prestados, iba á hacer la Iglesia con sus propios recursos. Lo que el Presidente ejecutó cediendo á la iniciativa de algunos de vuestros compatriotas, el Arzobispo estaba á punto de hacerlo *motu proprio*, bajo las solas inspiraciones de su ánimo levantado y de la actividad que caracteriza á la Iglesia Católica, de que es prelado dignísimo.

No olvidemos, pues, á la Iglesia mexicana en año tan fecundo en sucesos, y démosle la parte de alabanza y gratitud que tanto merece, aun por las últimas mejoras en aquella parte del continente americano.

IV

Ahora, Señoras y Caballeros, ¿cuáles son las conclusiones prácticas que deberemos deducir de los hechos históricos á que brevemente me he referido? Ante todo, ofrezcamos el tributo de nuestra admiración á la Santa Iglesia Católica, y llenémonos de satisfacción y noble orgullo por ser hijos suyos. Ella es siempre la misma, llena de vida, energía y vigor. Lo mismo bajo los emperadores romanos que en las Repúblicas italianas de la edad media; bajo el poder absoluto de Carlos V, ó con las libres instituciones de los Estados Unidos, siempre está sedienta de la salvación de las almas y anhelando por difundir el saber, la ciencia, la civilización. Cuando sólo halla las arenas del desierto ó ásperas montañas ó impenetrables bosques, *los recorre regocijándose como un gigante*, como dice la Sagrada Escritura: si ve buques de vapor y ferrocarriles, toma posesión de ellos y se mueve y avanza más rápidamente que institución humana alguna. A ella de consiguiente, y no á circunstancias locales, debéis atribuir el gran progreso de la religión y de la ciencia en los Estados Unidos durante los cincuenta años últimos. No satisfechos con lo ya realizado, debéis perseverar hasta el fin, y adelantar más y más, utilizando la libertad de que gozáis y cuidando de que no se os restrinja, á medida que la Iglesia Católica acrecienta su influjo y extiende su glorioso reinado sobre mayor número de almas.

¿Cómo es que, habiendo consumado tan admirables hechos en el siglo XVI, la Iglesia Católica en México se halla ahora tan humillada, desgarrado su manto, no por la herejía ni por enemigos exteriores, sino por sus mismos irrespetuosos hijos? Verdaderamente es un misterio; pero cualesquiera que sean las causas de tal desventura, debéis cuidar de que no os acontezca aquí otro tanto. Inglaterra, la Isla de santos, ha venido á ser el asiento de la herejía; la primogénita de la Iglesia, como Francia con justicia se llama, es ahora el cuartel general de los enemigos de nuestra fe; las fieles y cristianas Repúblicas hispano-americanas, ya no pueden llamarse fieles, y apenas les queda algo de cristianas. Cuidad, ¡oh jóvenes! de que la generación que nace en este país, en vez de alentar el espíritu religioso desplegado en él actualmente, no se aparte de los principios católicos y ponga término al desarrollo de la Iglesia.

Mi sabio amigo el obispo de Vincennes se queja en una pastoral reciente de *ciertos síntomas de deslealtad anticatólica; de alguna peligrosa tendencia ni católica ni laudable que ha notado en su propia diócesis y en otras partes*. Jamás lleguen á aparecer tendencias tales en los estudiantes de *Notre Dame*. Sigán el consejo del Prelado que rige espiritualmente una gran parte del Estado de Indiana, y obedezcan al Vicario de Cristo, no sólo en materias de fe, sino en cuanto mande ó enseñe. “Para señalar la medida de nuestros deberes hacia la Santa Sede y quien la ocupa, dice el cardenal Newman, baste decir que en su administración del reino de Cristo, en sus actos religiosos, jamás debemos oponernos á su voluntad, ni contradecir sus palabras, ni criticar su política, ni apartarnos

del lado suyo. Nunca hemos de murmurar del dominio absoluto que el Sumo Pontífice tiene sobre nosotros, pues le ha sido dado por Cristo y, obedeciéndole, obedecemos á su Señor; ni hemos de dudar que en su gobierno de la Iglesia es guiado por inteligencia superior á la humana." "Todo esto, dice á su turno el obispo Chatard, en menor grado se aplica también á la autoridad episcopal."

¡Queden tales palabras impresas para siempre en vuestras almas, y sean la regla de vuestra vida! Obedeciendo fielmente y en todo al Soberano Pontífice y á la jerarquía local, los católicos de los Estados Unidos están seguros de no perder jamás la fuerza y el vigor que han hecho tan grande y próspera á la Iglesia en estos últimos años.

Debo ahora daros las gracias por la paciencia con que habéis oído mi discurso; demasiado corto para la importancia del asunto; demasiado largo por lo que respecta á las facultades del orador. Os he hablado acerca de la Universidad de México: su rector, durante sus funciones, tenía todos los privilegios de un grande de España de primera clase. Yo, si pudiera, otorgaría honores iguales y aun mayores á vuestro propio Rector y, sobre todo, al Fundador de la Universidad de *Notre Dame*, el Padre General Sorin. ¡Envíe el Todopoderoso á ellos y á vosotros sus bendiciones más escogidas!

SERMÓN

PREDICADO EN LA SOLEMNE BENDICIÓN DE LA IGLESIA DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROBLE DE MONTERREY,
EL DÍA 8 DE SETIEMBRE
DE 1884.